

Como el agua clara

Texto: Juan Muracciole Fotos: Eugenio Mazzinghi

El *tsukubai* y el *shishi-odoshi* son dos elementos de la jardinería japonesa que, como todo en la cultura zen, esconden su misterio en su simplicidad.

HACE TIEMPO QUE ORIENTE y Occidente se miran de reojo. La música que se escucha acá, las delicias que se cocinan allá, este cine (y aquel), la ropa, en fin, la cultura —por resumirlo de alguna manera— viene y va, adoptando formas, en uno u otro lugar. Y si bien el conocimiento —o sabiduría— forma parte, y cada vez más, de este “intercambio”, lo que nos llega de manera más fácil, rápida y consumible son sus figuras, una parte del todo. Artistas, arquitectos y diseñadores de todo tipo reciben el “paquete”, y se quedaron, en la mayoría de

los casos, con lo que se ve, con el proceso técnico, tan lejano a la influencia espiritual. Al silencio. A la contemplación.

El *tsukubai* y el *shishi-odoshi*, dos elementos de la jardinería japonesa, tampoco escapan a esta situación. En sus bellísimas formas guardan algo más que una funcionalidad. Colocado a la entrada de las casas de té, y a no más de 60 centímetros de altura, el *tsukubai* —cuyo nombre significa “arrodillarse”— ofrecía el agua para que tanto el invitado como el maestro se purificaran, lavándose manos y boca, antes de participar



del Chan no Yu, Ceremonia o Vía del Té. De este *chozubachi* –fuente– también se tomaba el agua para dicha ceremonia. Originalmente, estaba ubicado al lado de un arroyo; cuando se lo aleja de esa zona aparece el *kakehi*, caña de bambú que lleva el agua hacia la fuente.

Si bien no existen reglas para su construcción, además de los dos elementos recién mencionados, era común encontrar una piedra frente al *chozubachi* para arrodillarse, una a la izquierda para poner el farol o velas, una a la derecha donde se apoyaba un cucharón de bambú, y una atrás representando la montaña. Y algún ideograma japonés, con un mensaje acerca de la naturaleza. Nada más.

Por su parte, el *shishi-odoshi* –espanta ciervos–, no era más que un sistema colocado al lado de los canales de riego, en las granjas. El agua atravesaba la caña de bambú, la cual subía y bajaba golpeando contra una piedra, y así ahuyentaba a los animales.

CONCIENCIA ZEN

Ahora bien, ¿queremos ir un poco más allá, y mirar más detenidamente qué hay detrás de estos objetos, transformados en placeres exquisitos de la decoración tanto oriental como occidental? Si es así, tenemos que viajar, indefectiblemente, hacia el zen. Comencemos con una frase del reconocido autor inglés Alan Watts, estudioso de las culturas orientales: “El zen se encuentra más allá de toda experiencia; verbalmente es incomprensible e inaccesible a una formulación puramente literaria e intelectual”. Sigamos.

Tomemos la visión de un artista occidental tipo, y la de un artista zen. Comparemos. Podríamos decir que el primero se dirige



Swami Dhyana Anala, maestro en el arte del *tsukubai*.

a la inteligencia o al sentimentalismo del espectador, mientras que el segundo busca llegar a la intuición y a la sensibilidad. De este lado del mundo, estamos acostumbrados a querer “entender” lo que hacemos, preocupándonos más por el porqué que por el cómo. No pasa lo mismo con los orientales. Ellos se limitan a “imitar” a su maestro lo mejor posible, y el maestro no abunda en explicaciones y elogios.

Y en ese acto de imitar aparece la Naturaleza, reflejo de la perfección. Allí es donde los orientales buscan la esencia, a través de la contemplación y el silencio. Según nos cuenta Dhyana Anala, maestro en el arte del

La larga noche;
el ruido del agua
dice lo que pienso.

Haiku anónimo

tsukubai, “los primeros jardines surgieron de manera animista. Los hombres veían una piedra, consideraban que allí había divinidad, le acercaban otra piedra, un pancito de musgo. Y listo. Seguían con la línea que hay a su alrededor –roca, agua, bambú y musgo–, y algunos elementos que indicaban la presencia de la mano del hombre. Esta presencia tenía que ser perfecta; se trataba de que no se viera. Así, el *tsukubai*, viene a posarse en ese jardín”.

Y es esta simpleza la que nos hace caer en la trampa, buscando más significado. “Lo que buscan es la esencia, y la profundidad está dada por eso. Los jardines no te quieren marear, le dan importancia al vacío y al silencio”, dice Fernando Matsui, a cargo del parque en el Jardín Japonés.

Lejos de caer en el aburrimiento o el sinsentido, esta síntesis nos trae misterio. Profundidad. Cualidades que hacen más interesantes a estas obras y nos cuentan, de alguna manera, el porqué de su creciente éxito en Europa y América. Es como un chiste: si se tiene que explicar, pierde toda su gracia. □

MÁS INFO:
www.jardinjapones.com.ar
www.vivirzen.com.ar

Agradecimientos:
Aiako Kishimoto y Fernando Matsui (consejera cultural y subgerente general, respectivamente, del Jardín Japonés), Oscar Ortega (sensei de sumi-e, pintura zen) y Swami Dhyana Anala (VivirZen).

